

Educación en un entorno audiovisual

Victoria Camps¹

Universidad Autónoma de Barcelona

Resumen

La investigación sobre la influencia de los medios audiovisuales en el comportamiento y en la educación tiene respuestas sólo tentativas. Preocupan los contenidos de la televisión, los videojuegos e Internet y preocupa asimismo la adicción a todos los artilugios electrónicos. La educación debe asumir la responsabilidad de orientar en el conocimiento en la nueva sociedad de la información. Y deben hacerlo todos los agentes sociales que intervienen, de un modo u otro, en la configuración de dicha sociedad. A pesar de la incertidumbre ante posibles influencias nocivas, no podemos cruzarnos de brazos sino no dejar de plantear la pregunta ética: “¿qué debemos hacer?” ante los retos del entorno audiovisual.

Palabras clave: medios audiovisuales, alfabetización mediática, ética, competencias.

Una de las conclusiones del conocido Informe MacBride (UNESCO, 1980), cuyo objetivo fue analizar los retos de la comunicación en la sociedad de masas, era que la educación debe tomar la iniciativa de la orientación del conocimiento. Educar siempre es orientar, ayudar a situarse y moverse correctamente en la realidad que a cada uno le ha tocado vivir. Cuando tal realidad se define como “sociedad de la información” y se encuentra mediatizada por los medios audiovisuales, la educación tendrá que hacerse cargo de todo ello procurando, entre otras cosas, activar los elementos más positivos del nuevo entorno y desactivar los más negativos. La dificultad de la tarea educativa radica en que no puede realizarse de espaldas a la realidad, ha de contar con ella, evitando, al mismo tiempo, ser absolutamente complaciente ignorando o pasando por alto aquellos aspectos que puedan estorbar el éxito de la tarea educativa. Si educar es orientar y potenciar en cada uno lo mejor que lleva dentro, para llevar a cabo tal función es imprescindible saber discernir lo bueno de lo malo, lo adecuado para la infancia de lo que no lo es, lo nocivo de lo inofensivo. Es por ello que, desde que la televisión se metió en nuestros hogares, nos planteamos –sin demasiada fortuna, todo hay que decirlo– de qué forma influye en la infancia, si es o no un obstáculo para la educación.

¹ Victoria Camps es catedrática de Filosofía moral y política en la Universidad Autónoma de Barcelona. Fue senadora por el partido socialista desde 1993 a 1996. Ha sido consejera del Consell de l’Audiovisual de Catalunya. Sobre educación ha publicado los libros: *Virtudes públicas* (Espasa, 1990), *Los valores de la educación* (Anaya, 1993), *Qué hay que enseñar a los hijos* (Plaza y Janés, 2000), *Creer en la educación* (Península, 2008). En colaboración con Salvador Giner, *Manual de civismo* (Ariel, 1998).

En la socialización de un niño influye todo lo que tiene a su alrededor, incluyendo la televisión y el conjunto de aparatos electrónicos que maneja.

Vaya por delante, y sin ánimo de decepcionar desde el comienzo del artículo, que la pregunta carece de una respuesta clara y satisfactoria. En la socialización de un niño influye todo lo que tiene a su alrededor: los padres, los hermanos, el lugar donde vive, la escuela, los compañeros...y, sin ninguna duda, también influye la televisión y el conjunto de aparatos electrónicos que maneja. Por otra parte, cualquier innovación tecnológica es ambivalente. Es un progreso en la medida en que procura un mayor bienestar y nos ayuda a vivir más cómodamente. Pero puede ser un peligro si se utiliza mal o desmesuradamente. Prometeo fue condenado no sólo por robar el fuego de los dioses, sino por poner en manos de los humanos algo que podía ser utilizado tanto para la propia conservación y para vivir mejor, como para la destrucción y la guerra inmisericorde.

Hoy que contemplamos la televisión con la distancia que proporciona el hecho de que se haya convertido en uno de los aparatos más habituales e imprescindibles del hogar, podemos valorar el progreso que ha representado por lo menos en dos aspectos: el acceso universal a la información y un entretenimiento al alcance de todos. Ambos aspectos tienen deficiencias, nadie lo niega. La información televisiva es inevitablemente superficial, fragmentaria y da demasiado valor al espectáculo, siempre a costa de disminuir la calidad informativa. El entretenimiento que procura, por su parte, es banal, poco interesante, repetitivo y, en muchas ocasiones, pura basura. Aún así seguimos esperando de la televisión que nos informe y nos entretenga. Y lo mismo hay que decir de Internet, de los videojuegos, incluso de los móviles. Las nuevas pantallas son convergentes, lo serán cada vez más, y se alimentan las unas a las otras.

Lo que los adultos entrados en años vemos como continuas novedades, deja de serlo en seguida para los más jóvenes. Por primera vez en la historia ocurre que los niños saben más cosas que sus padres, que pueden enseñarles a manejar instrumentos que los mayores llegan a entender y dominar con muchas dificultades y sólo a medias. Los niños parece que nacen sabiendo poner un DVD, utilizar el móvil, el ordenador o cualquiera de los artilugios digitales. Desde el punto de vista técnico su competencia supera rápidamente a la de sus mayores. Los profesores de informática lo saben de sobra. Pero la competencia técnica, que es la que parece estar más a su alcance, es sólo una de las competencias necesarias al respecto. Ante los muchos mensajes y las muchas posibilidades que el entorno audiovisual le ofrece, el niño debe desarrollar un saber hacer para el que la educación y la adquisición de otras competencias más sutiles son absolutamente imprescindibles. Es en tal sentido que el educador ha de contar con la existencia y las novedades que ofrece dicho entorno sin dejar, al mismo tiempo, de orientar en el buen uso de las ventajas que pone a nuestra disposición.

Resumiendo mucho, creo que existen dos grandes preocupaciones en torno a la influencia de los medios audiovisuales en la infancia. Una de ellas está relacionada con los contenidos de la programación televisiva, de los videojuegos o de Internet. La otra tiene que ver con la adicción al conjunto de aparatos audiovisuales. En ambos casos nos preguntamos dónde está el límite: cuántas horas de televisión o de ordenador son razonables, si deberían prohibirse los contenidos violentos, racistas, discriminadores en

los videojuegos, si es lógico que los adolescentes tengan su propio móvil. Sabemos casi a ciencia cierta que tanto el consumo de televisión o Internet como los contenidos audiovisuales en general son excesivos y en muchos casos inadecuados para la infancia. Pero ¿qué hacer ante la invasión electrónica? ¿cómo controlarla y cómo limitarla si cuando nos damos cuenta del peligro ya es imposible retroceder?

Existen dos grandes preocupaciones en torno a la influencia de los medios audiovisuales en la infancia: los contenidos y la posibilidad de adicción.

Por eso concentramos nuestros esfuerzos en averiguar hasta qué punto la influencia del medio audiovisual es realmente nociva para la infancia. Queremos esa información porque, en realidad, sólo reaccionamos y nos disponemos a actuar con contundencia ante los datos rotundos y claros. El caso es que es difícil, si no imposible, llegar a tener pruebas inequívocas. No es que no se haya estado investigando desde hace años. La violencia, por ejemplo, ha sido objeto reiterado de estudios empíricos sobre todo en los Estados Unidos. Se ha intentado comprobar la relación causa-efecto entre la exposición a la televisión de los menores y los comportamientos violentos desarrollados con posterioridad. Se han seleccionado grupos de estudio para seguirlos desde la niñez hasta la edad adulta y establecer el peso de los mensajes violentos en su forma de actuar. Los resultados siempre han sido inciertos, y no es raro que así sea. ¿Cómo tener en cuenta todas las variables que pueden determinar el comportamiento de una persona, desde los genes al estatus familiar, económico, cultural, además de la televisión que hayan podido ver?

En el mismo sentido, nos preguntamos hoy por el futuro de la llamada *multitask generation*, la generación que cuenta en su propia habitación con todos los artilugios electrónicos que el mercado ofrece. Un adolescente de hoy puede hacer, al mismo tiempo, los deberes en el ordenador, mantener activa la ventana del Messenger, escuchar música en su mp3, descargar una película y responder al móvil. El mito de que los medios audiovisuales fomentan la pasividad no se sostiene ante esa posibilidad de combinar varias tareas al mismo tiempo. El caso y lo que preocupa es que no sabemos cómo afectará todo ello a los cerebros, a la eficiencia en el trabajo, al desarrollo de la memoria, a la capacidad de concentración. Nos tememos que será más bien un obstáculo para la profundización en el conocimiento o para la adquisición de un conocimiento auténtico y no de meros fragmentos de noticias. Y podemos comprobar que si los jóvenes son expertos en las funciones de búsqueda y de manejo de los aparatos, carecen, sin embargo, de las habilidades necesarias para seleccionar y valorar la información que reciben.

El ambiente cultural en que uno vive sin duda contribuye a formar la personalidad, a construir modelos, a difundir modas, formas de comportarse, de hablar y de relacionarnos unos con otros. Es cierto además que el niño tiende a imitar lo que ve y es especialmente receptivo para asimilar todo aquello que no debería haber visto ni oído. *La desaparición de la niñez* es el título de un excelente libro de Neil Postman cuya tesis es que la televisión impide que el niño se vaya haciendo gradualmente adulto puesto que la información le llega acumulada, demasiado pronto y demasiado desordenada. De esta forma, al niño se le impide ser niño, dada la facilidad y el descontrol con que accede a cualquier medio de comunicación audiovisual. No le falta razón tampoco a la apocalíptica tesis

Algo tiene que ver la escasa disposición de los alumnos para seguir el hilo de un argumento con la exposición constante a unos medios que sólo ofrecen rápidas secuencias de imágenes.

de Giovanni Sartori en *Homo videns*. Se lamenta Sartori de la preponderancia de las imágenes y del peligro de que acaben sustituyendo al pensamiento discursivo, al razonamiento, a la argumentación. Basta ver cualquier telediario para darnos cuenta de que no puede haber información televisiva sin imágenes. Si éstas no existen, hay que inventarlas u obtenerlas de otro lugar (se ha hecho repetidas veces) para no dejar a la palabra desprovista del correlato imaginativo imprescindible en un medio audiovisual. Esa dependencia del lenguaje con respecto a la imagen explica la casi imposibilidad de explicar nada a los alumnos, y al público en general, sin un soporte visual o un *power point*. Lo sabemos bien los profesores de materias tan reflexivas como la filosofía. Por supuesto que algo tiene que ver la escasa disposición o capacidad de los alumnos para seguir el hilo de un argumento con la exposición constante a unos medios que sólo ofrecen rápidas secuencias de imágenes.

Sea como sea, y aunque no podamos predecir con certeza la influencia nociva de los contenidos de los audiovisuales en los menores, lo que sí podemos augurar, por lo menos, es que tales medios presentan “contenidos de riesgo”². No son *per se* nocivos, pero pueden serlo. Demasiada violencia, demasiado sexo, demasiadas palabrotas. Y demasiada publicidad. Un estudio realizado recientemente en Cataluña con alumnos de secundaria sobre las preferencias televisivas de la adolescencia constata que lo que los chicos y chicas buscan en la televisión es sobre todo información: información sobre cómo es la gente, cómo se viste, cómo habla, cómo se relaciona, cómo y por qué se pelea; información, especialmente, sobre la gente de su edad³. Y aunque es cierto que los adolescentes distinguen perfectamente la publicidad de la información (no es tan claro que un niño pueda distinguirlo), las imágenes publicitarias también son para ellos fuente de información. De un modo u otro, representan la realidad, no son pura ficción. ¿Dónde se miran, si no, las jovencitas obsesionadas por adelgazar? ¿Dónde aparecen los modelos que tan irremediabilmente las fascinan? Los medios audiovisuales son un aspecto más –un aspecto básico– de la sociedad de consumo. Su objetivo prioritario es tener audiencia y vender espacios para la publicidad. La obsesión por la audiencia degrada inevitablemente los programas. El bombardeo de publicidad, por su parte, socializa en un consumo muchas veces irreprimible desde la primera infancia.

La adicción exagerada, no enfermiza, a los artilugios audiovisuales es preocupante porque, como cualquier dependencia, impide hacer otras cosas.

Al riesgo implícito en los contenidos, hay que añadirle el riesgo de la adicción. No me refiero a los casos patológicos de adicción, que los hay, pero afortunadamente son excepcionales. La adicción exagerada, no enfermiza, a los artilugios audiovisuales es preocupante porque, como cualquier dependencia, impide hacer otras cosas. La realidad paradójica es que la televisión concretamente no es un entretenimiento preferente, sobre todo a partir de la adolescencia, todas las encuestas lo confirman. Es, sencillamente, un recurso fácil y barato, poco imaginativo, pero que quita tiempo al estudio, a los amigos, a otras maneras de diversión y de recreo más variadas y formativas.

² Es una de las conclusiones del *Libro Blanco. La educación en el entorno audiovisual*, Consell de l’Audiovisual de Catalunya, 2002.

³ Ferran Casas, *Preferències dels adolescents relatives a la televisió*, Consell de l’Audiovisual de Catalunya, 2007.

El niño o el joven tienen que saber orientarse frente a los conocimientos que van adquiriendo, estén estos en el currículo o vengan de fuera.

El discurso educativo ha colocado en un lugar sobresaliente el concepto de “competencia”. El niño o el joven tienen que saber orientarse frente a los conocimientos que van adquiriendo. No sólo los conocimientos que reciben a través del currículo escolar, sino los que vienen de fuera y de un modo menos organizado y controlado. En la sociedad de la información, la información que viene del exterior es muy abundante. Por eso nos encontramos ante el reto de tener que plantearnos cuál es la responsabilidad de la educación en nuestro tipo de sociedad. Una responsabilidad que, a mi juicio, debería contemplar por lo menos dos aspectos ineludibles.

El primero de ellos es la función propia de la escuela. Si entendemos que, como dice la Constitución, el derecho a la educación incluye la formación de la personalidad humana en los principios y valores fundamentales, es indiscutible que la institución escolar, que es la que garantiza el derecho a la educación, ha de asumir el objetivo de formar la personalidad del educando. Hoy no es posible formar la personalidad de nadie sin tener en cuenta que cualquier niño o niña estará expuesto permanentemente a la influencia de los medios audiovisuales. El propósito a alcanzar debería ser que la personalidad de cada individuo fuera tal que llegara a saber utilizar inteligentemente los medios audiovisuales a nuestro alcance en estos momentos y los que están por venir. Para lo cual se requieren, por lo menos, dos tipos de aprendizaje. Uno: la comprensión correcta del lenguaje audiovisual, que es distinto del lenguaje escrito. Dos: la adquisición de una capacidad de discernimiento que lleve a la persona a distinguir lo que vale de lo que no vale.

Ambos cometidos se intentan inculcar a través de la llamada “educación mediática”. A estas alturas no existen ya muchas dudas sobre la urgencia y necesidad de tal educación que incluiría desde el dominio de la tecnología, pasando por las formas de expresión específicas de los nuevos medios, hasta la adquisición de una conciencia crítica y una capacidad valorativa frente a los mismos. No hay duda de que se requiere una nueva alfabetización hasta ahora desconocida. El problema está en llevar la idea a la práctica. ¿Debe ser una asignatura? ¿Quién debe hacerse cargo de ella? ¿Tendrá que reemplazar a otras consideradas hasta ahora más fundamentales? Todas las innovaciones chocan con una realidad corporativa y de derechos adquiridos o, sencillamente, de mentalidades conservadoras, que repele las novedades y lucha por mantenerse como está. Por otra parte, también es cierto que, a medida que el conocimiento aumenta y, sobre todo, se especializa, los nuevos especialistas quisieran transmitir su cuota de saber por encima de cualquier otro conocimiento. La pregunta que nadie parece plantearse es: quién se encarga de medir el valor de lo novedoso pensando, antes de nada, en el bien del alumno, que debiera ser el objetivo prioritario de la educación⁴.

Lo que es innegable es que el objetivo de formar la personalidad del alumno ha de incluir la necesidad de enfrentarse correctamente a los nuevos medios y aparatos electrónicos.

⁴ Una excelente propuesta sobre la “competencia en comunicación audiovisual” es la de Joan Ferrés en *Quaderns del CAC*, nº 25. *La educación en comunicación audiovisual*, (maig-agost, 2006).

Lo que es innegable es que el objetivo de formar la personalidad del alumno ha de incluir la necesidad de enfrentarse correctamente a los nuevos medios y aparatos electrónicos.

Es imprescindible, como decía, formar a las personas contando con tales medios, haciéndose cargo de los riesgos y los peligros que encierran y suministrando armas a los menores para defenderse de ellos. No obstante, la realidad mediática está tan extendida y sus posibles influencias cubren tantos ámbitos (psicológico, ético, sanitario, político), que convertirlo en una disciplina más sería insuficiente. Algo similar le ocurre a la controvertida asignatura “Educación para la ciudadanía”. Está bien que sea una asignatura, debe ser así, pero debe ser algo más que una materia más del currículo. Los centros escolares deberían asumir tal educación como parte esencial de su proyecto educativo. Pues todo objetivo que incluya a la ética tiene que ser más práctico que teórico ya que, como bien dijo Aristóteles, el fin de la ética no es enseñar qué es la virtud, sino conseguir que las personas sean virtuosas.

Enseñar a un niño a autodominarse y a ser autónomo es tarea de todos.

La dimensión práctica de contenidos educativos como todos los que tienen una dimensión ética ha llevado a denominarlos “transversales”, con escaso éxito práctico, hay que reconocerlo. Escaso éxito porque aquí hay que apelar al segundo aspecto que debiera ser tenido en cuenta. La educación no es posible si no hay complicidades entre todos los agentes educativos de la sociedad de la información. Dichos agentes son, por este orden, la familia y la escuela, sin duda, pero también los medios de comunicación y, en especial, los medios audiovisuales. Enseñar a tener criterio propio frente a los medios no puede ser función sólo de uno de los agentes con la inhibición expresa de todos los demás. Enseñar a un niño a autodominarse y a ser autónomo, es decir, a poner limitaciones a su propia libertad, es una tarea que requiere tiempo y mucha experiencia, que no puede caer únicamente sobre las espaldas de los docentes. Es tarea de todos.

A tal propósito, no quisiera dejar de señalar que uno de los problemas de nuestra educación es, seguramente, la falta de complicidad entre familia y escuela. Es una consecuencia de tiempos cargados de incertidumbre, tiempos desconcertados respecto a la mejor manera de educar. Repartir las responsabilidades significa, en efecto, repartir obligaciones, no limitarse a reprochar a los demás que no están cumpliendo con su cometido. Hoy por hoy, sin embargo, los docentes se quejan de tener que asumir responsabilidades que corresponden más propiamente a la familia, mientras las familias contemplan a la institución escolar con una cierta desconfianza respecto a la disposición de la misma para tomarse realmente en serio la tarea de educar.

Pero de los tres agentes educativos que deberían establecer complicidades, familia, escuela y televisión, el que menos dispuesto se muestra a colaborar y menos aporta a la tarea educativa es la televisión. Probablemente la vieja definición de la función de la televisión como el triple cometido de “informar, entretener y educar” estaba equivocada. El objetivo básico es entretener, incluso cuando se informa. Por eso la información que ofrece la televisión siempre nos parecerá superficial, demasiado cargada de imágenes, con una tendencia excesiva a la espectacularización y no a dar buena cuenta de lo que ocurre. Es así porque no puede prescindir de la misión de entretener al tiempo que proporciona información. Para informar a conciencia y con mayor profundidad están los medios escritos e incluso la radio. En cuanto a la función de educar, sólo

No debería preocupar tanto si los medios audiovisuales influyen o no, sino qué debemos hacer para que los que ahora son niños llegasen a ser adultos en el pleno sentido de la palabra.

muy excepcionalmente es asumida por la televisión. Quizá no se le puede exigir que lo haga, pero sí hay que exigirle que sea por lo menos coherente con los valores que la educación trata de inculcar. Y hay que pedírselo sobre todo a la televisión pública. Si no podemos contar con unos canales públicos de referencia, en los que se pueda confiar para el entretenimiento de nuestros menores, ¿qué necesidad tenemos de seguir subvencionando una televisión pública precisamente cuando hay sobreabundancia de canales televisivos? Esa es una exigencia, sin embargo, que la ciudadanía no acaba de tomarse en serio.

En definitiva, pues, deberíamos formular la pregunta de otra manera. No debería preocupar tanto si los medios audiovisuales influyen o no, si son nocivos o dejan de serlo, sino, por el contrario, qué debemos hacer para que los que ahora son niños lleguen a ser adultos en el pleno sentido de la palabra. Ser mayor de edad moralmente hablando significa pensar por uno mismo, tener ideas propias y ejercer correctamente la propia autonomía. En realidad, es a lo que debería aspirar cualquier ciudadano. Uno de los problemas de las democracias liberales es la dificultad para construir ciudadanía, para hacer personas responsables, críticas y participativas, conscientes de su obligación de cooperar con el interés común.

La preocupación por la influencia que los agentes sociales, sean los que sean, pueden tener en el comportamiento de los más jóvenes es muy propia de un pensamiento utilitarista de acuerdo con el cual lo bueno o lo malo se determinan en función de las consecuencias. Es un pensamiento muy pragmático y positivista que, a fin de cuentas, no hace sino invitar a la inacción frente a cualquier cambio. Dado que no podemos saber a ciencia cierta si la violencia televisiva o el uso simultáneo de todos los artilugios electrónicos son efectivamente nocivos para nuestros menores, decidimos no hacer nada y dejar hacer al mercado.

La obsesión por las cifras, por cuantificarlo todo, la mentalidad positivista y pragmática tan característica de nuestra época es poco partidaria de intervenciones en la realidad fundamentadas sólo en principios morales y no en resultados empíricos comprobables. Ojalá pudiéramos tener resultados claros, saber a qué atenernos y cuál es la actuación más prudente, pero el carácter de las innovaciones tecnológicas no permite predecir todas sus consecuencias, ni tan sólo verificarlas con suficiencia al cabo de los años. Por eso nos hace falta la ética, para plantear ese “¿qué debemos hacer?” que ninguna ciencia empírica es capaz de contestar por sí misma y con los datos de que dispone ■